

--Calla, Guadalupe, no ves que si eso fuera cierto, los que no son *decentes* serían esclavos de los señores.

--Pues yo quiero que cada uno se esté en lo que nació.

Todo el mundo debe tener aspiraciones, aunque lo descalabren como al alcalde de Ario.

XVII

El sol había desaparecido en el ocaso, cuando nuestros viajeros llegaban al pueblo de.....

Un indio que llevaba à sus espaldas un tercio de leña se detuvo frente à la cabalgata.

--Padrecito, dijo al guerrillero, tú eres el capitán Martínez, no entres à la población, acaban de fusilar à tres zaragozas [republicanos] y si te conocen te van à matar; quédate en el monte y que entren los señores.

--¡Rayo! exclamó Martínez, esto si está malo, ¿y quién está en el pueblo?

--Los franceses, padrecito.

--¿Y qué tantos serán?

--Como muchos, padrecito.

--Yo entraré con la familia, dijo Quiñones, y usted, capitán, váyase por la vereda, mañana nos encontraremos.

--Entonces entren ustedes por este lado, estoy seguro que nadie reparará, voy à llamarles la atención.

XVIII.

Sin esperar respuesta tomó el rumbo opuesto, mientras Quiñones se aproximaba con la familia à la garita del pueblo.

A los diez minutos se comenzaron à oír unos tiros de mosquete.

--¡Diablo! dijo Quiñones, el capitán hace su saludo à los franceses.

La pequeña guarnición se puso sobre las armas y acudió al lugar de los balazos.

Como la noche había cerrado y el capitán hacía violentos sus disparos, los franceses creyeron que se acercaba alguna guerrilla y comenzaron à tirar al acaso, fingiendo por su parte un combate para darse los honores del triunfo y cosechar un ascenso ó una cruz de la *legión de honor*.

--Ya han de haber entrado dijo el capitán, y poniendo, al cinto sus pistolas se internó en el monte.

Los franceses tomaron prisioneros à unos labradores que volvían de su campo, y al día siguiente los juzgaban como guerrilleros en la Corte Marcial.

A los pocos días anunciaban los diarios de la capital, que el guerrillero Martínez había aparecido por el rumbo de la Tierra Caliente con una partida de bandoleros, inquietando à las poblaciones adictas al imperio.

CAPITULO QUINTO.

UNA LETRILLA DE GUILLERMO PRIETO.

I.

La revolución seguía avanzando como el flujo de un mar de sangre.

Los hombres más prominentes eran asesinados cobardemente, como Llave y Comonfort, ó vagaban proscriptos huyendo de la traición que los entregaba atados en manos de los enemigos de la patria.

El personal del gobierno iba cediendo palmo à palmo el territorio, y los invasores le seguían de cerca para extinguir la antorcha de la legalidad y privar à la revolución trashumante de ese centro de unión que inquietaba el porvenir del imperio.

La declaración del archiduque Maximiliano de no aceptar la corona hasta que la mayoría del país se declarase en su favor, hizo más tenáz la lucha; pues cada pueblo conquistado era un voto en la ánfora de los notables, una firma más en la acta de 12 de Julio.

El diez de Abril de 864, el archiduque había recibido oficialmente à la diputación mexicana, que le presentó las actas de la mayoría de México, y declaró, que cumplidas las condiciones puestas el 3 de Octubre del año próximo pasado, aceptaba el trono de México y la reconstrucción del antiguo imperio de Moctezuma.

II.

Grande era el alboroto que traía la sociedad conservadora al verse erigida en corte, sueño que había acariciado desde el día primero de la independencia.

Todos aquellos títulos desheredados y perdidos en el torbellino republicano, resucitaron como las crisálidas y pretendieron desde luego la superioridad.

Varios personajes que han subido en la escalera del agio á una regular posición, se echaron en busca de pergaminos; porque todos creían en la resurrección de los tiempos felices del virreinato, sin recordar que el golpe de Estado de 52, al improvisar un emperador en Francia, había creado una nobleza sacada de los vivaques y cuerpos de guardia.

Otros individuos, no pudiendo llegar los escaños de la nobleza, se contentaban con formar parte de la milicia togada, apoderándose de los puestos públicos.

La Regencia desempeñaba el primer papel, y cada triunfiro esperaba recompensas y honores en cambio del puesto que cedía al emperador.

Las pompas oficiales se sucedían, y el pueblo asistía á ellas, así como á los fusilamientos diarios que tenían lugar en las plazas de Mixcalco y Santo Domingo.

Mientras que la "Novara" lleva á los archiduques al puerto Civita-Vachia para recibir en la Ciudad Eterna la bendición del Santísimo Padre, siguiendo su peregrinación de despedida en las cortes europeas, recibiendo en las Tullerías la consigna, dejando en manos del César francés los millones del empréstito de Miramar, volvamos nosotros á la casa de nuestros amigos los señores Fajardo, que seguían envueltos en el vértigo monárquico, esperando con ansia el arribo de SS.
M.M. II.

—Es una cosa hecha, hija mía, y no hay que ponerla en duda, exclamaba furioso el diplomático.

—Yo me felicito, papá mío, de ese acontecimiento; porque hubiera resistido como nunca á la autoridad paterna.

—Por la primera vez te hubiera impuesto mi voluntad; te declaro que al primer oficial del ejército de Napoleón III, que se llegue á pedirte en matrimonio, te caso.

—Lo cierto es que el comandante Demuriez es novio de Clara, y que no se ha permitido nunca decirme una sola frase de amores. Ese oficial conoce mi carácter y estaba seguro de un desaire.

—Vea usted lo que son las amistades, yo nunca imaginé que Clara te quitaría el novio.

—Esa es una equivocación.

—Yo nunca me equivoco, la prueba que tengo, la lección que me da el mundo, ha sido en cabeza propia. Tu madre era novia de un capitán llamado Verdeja, y yo la arrebaté de su poder para casarme con ella; ya tú ves si sabré de estos enredos.

Doña Canuta dió un prolongado suspiro.

—¡Suspira, suspira, esposa mía! si vieras ahora á tu antiguo prometido, se te caerían las alas del corazón: ayer llevaba un gorro montado más alto que un penacho de granadero, y un espadín como el de Don Simplicio.

—No abusen de mi situación ni de la preferencia que te he otorgado para insultar á una persona ausente.

—Esa persona ausente es un capitancillo cualquiera.

—No tan cualquiera, que lleva sobre su pecho la cruz del Gallinero.

—Y en su sombrero al tres, las colas de las gallinas.

—Tengamos la fiesta en paz y no desfogues tu mal humor conmigo, que en nada tengo la culpa del trastorno de tus planes.

—Bien, no quiero riña doméstica; pero es horrible lo que ha pasado, yo creía que el comandante se dirigía á Luz, y resulta que se casa con Clara: ¡esto es una burla, una ironía, una estupidez!

—Papá, yo no amaré nunca á un francés.

—En cambio amas á un descamisado, á un jefe de bandoleros, y para decirlo de una vez á un *cívico*.

—Es cierto, los sentimientos que usted ha sembrado en mi alma.....

—Qué alma ni qué niño muerto, interrumpió Don Modesto no me dejaré llevar como siempre de tus lagrimitas, hoy seré inexorable.....yo necesito un francés, y cuando yo me empeño no hay más que obedecer.

—Pero hombre, si no la enamoran, ¿cómo ha de ir á buscarles?

—Es decir que yo no puedo mandar en mi casa?

—Fajardo, eso no tiene lógica.

—Te estaba á tí reservada esa declaración. Sepa usted, señora mía, que si lo que digo no tiene lógica, poco ó nada se me dá de ello; si para algo no hace falta la lógica, es precisamente para casarse.

—Ya, lo sé

—Este señor Demuriez me ha chasqueado: tenerle en mi casa alojado, ponerle manjares exquisitos, los mejores vinos, en una palabra, *engordarlo*, para que fuera mi yerno, y aprovecharse otra persona de estas circunstancias para robármelo..... no, yo traeré otro que se dará por satisfecho con que se le ofrezca novia, casa y que comer.

Luz abandonó ruborizada el aposento, teatro de una disputa tan ridícula.

III.

— He aquí lo que se saca un padre que ve por el porvenir de su hija, que se le desprecie, que se le.....y entre paréntesis, ¿no ha venido el sombrero?

--Hace una hora que te espera.

--Que entre al momento, yo no sabía que me esperaba.

Tocó la campanilla y se presentó una criada.

—Que pase *Munsiur Zolly*.

El sombrero está en la sala.

—*Munsiur Zolly*, ¿usted es alemán?

—Servidor de usted.

—¿Por supuesto que estará usted impuesto de los usos de los alemanes?

--Phs.

—Bien. Usted habrá visto á los soberanos de Europa y sabrá qué clase de sombreros *gastan*?

—Los que se usa, caballero.

—Bien: el retraro de S. M. I. ha llegado, trae un sombrero que todos afirman ser *blanco*.

—Es blanco.

—Bien: yo quiero un sombrero como el de S. M., alto, pero muy alto.

—Se hará inmediatamente.

—¿Y no podrá usted tomar la medida en la fatografía?

—Sí señor.

—Creo que saldrá muy chico.

—Yo lo calcularé.

—Canuta, dame el retrato de nuestra Majestad.

—Está en el álbum.

—No me acordaba. Vea usted, *Munsiur Zolly*, usted es alemán y comprenderá mejor esta reproducción.

El sombrero examinó la fotografía y dijo:

—Está bien.

—¿Y cuánto lleva usted por su obra?

—Una onza.

--Hombre, no es para el emperador, es para mí.

—Dá lo mismo.

—¿Luego usted es republicano?

--Yo soy sombrero.

—Comprendo; pero los fondos del archiduque no entran en comparación con los míos, y ya ve usted que los millones de Miramar.....

—Con permiso de usted.

—No sea usted tan violento de genio, ajustémonos.

—Son precios fijos.

—Pues fijemos el precio.

—Una onza.

—¡Ah, Mr. Zolly! ¿Y estará para mañana temprano?

—Es muy corto el plazo.

—Entonces para pasado.

—Está bien.

El sombrero se salió con el ánimo de no hacer tal sombrero.

IV

—Ya estoy de moda, esposa mía, voy á ser el primero que saque un sombrero *blanco*. Yo llevo como quien dice la iniciativa.

—Eso sí es de mi aprobación, enteramente vá con mis ideas; espero la moda que ha de traer S. M. la Emperatriz para entrar en ella inmediatamente.

—Bien hecho, república es república, y corte es corte.

—Señor, el carroceros, dijo la criada.

—Que pase.

—Hola, Don Carlos ¿usted por acá?

—Siempre que se me llama no me hago esperar caballero, dijo Don Carlos componiéndose los anteojos.

—Necesito una calesa de moda.

—La tendrá usted.

—¿Y cómo la va á fabricar?

—De la manera que usted ordene.

—Entonces de cuatro asientos y muy abierta, que se vea todo lo que pase dentro, no me gustan los misterios.

—La haré muy abierta.

—¿Y ya no se estilan los dorados?

—Eso vá en gustos.

—Pues entonces dórela usted, es necesario que lleve todo el gusto del Renacimiento.

--Está bien, ¿y no lleva escudo?

—Calle! pues no había pensado en ello; sí, Don Carlos, póngale usted un escudo, es de toda necesidad.

--Está bien; pero yo no conozco las armas de la casa.

—Tengo un espadín y un moquete: miento, el alférez Estrada se desapareció llevándose esa arma peligrosa.

—Me parece que un espadín es de mal gusto.

--Entonces ponga usted un obus de á treinta y seis.

--Creo que usted se burla, caballero, yo hablo de escudo de nobleza.

--¿Que dices de eso Canuta?

--Que pondremos un escudo; ya ves la casa de Barron se hizo pintar un cochino y un lebrero en latín.

--Pintemos nosotros otro animal con un lebrero en hebreo.

--Aconséjenos usted un escudo, señor Don Carlos

--Eso no se inventa, caballero, yo tengo algunas pinturas de fantasía.

--Bien, amigo mío, pinte usted una fantasía en mi calesa pero que imite un escudo de armas, y si conoce usted un buen cochero mándemelo, el destino es magnífico, no trabajará sino en tiempo de secas, porque yo no expondré nunca á la acción del agua una calesa que lo menos debe costar trescientos ó cuatrocientos pesos.

--Yo no conozco á ningún conductor, y en cuanto al precio de la calesa lo menos es de mil quinientos pesos.

--¡Jesús! con esa cantidad compro todos los alquilones.

--Puede usted hacerlo.

--Yo quiero una calesa muy barata, sumamente cómoda.

--Hay algunas remontas.

--Bien, trataremos con las remontas.

--Estas valen ochocientos pesos.

--Si usted no se humaniza, no habrá modo de entendernos.

--Cuando usted se decida, puede buscarme en el establecimiento.

--Estoy de malas hoy, con todas las personas que trato, me.....en fin, haga usted la calesa remontada, ¿estará para el lunes próximo?

--No señor, dentro de un mes la tendrá usted en casa.

--Es que yo quiero enviarla al Sagrario para que se estrene en los *Sacramentos habituales*, yo saldré ese día de cochero del Viático.

--Buenas tardes; caballero.

--¿No quiere usted nada adelantado?

--Buenas tardes,

V

--Estos fabricantes extranjeros, son magníficos: ¿cuándo un artesano del país no me hubiera descerrajado algún dinero adelantado para jugarlo esta misma noche?

--Ya entramos en una nueva era, estados mudan costumbres, amigo mío.

--¡Sombbrero blanco y calesa con escudo!.....ya estamos en tren, ya nada falta; hoy voy á la guardarropía del teatro Principal, en busca de vestidos para los lacayos; los vestiré á

á la Luis XIV, es un traje precioso, estoy seguro que nadie tendrá la misma idea; es necesario guardar el secreto, si me roban este pensamiento, soy capaz de.....nó, yo no creo, eso sería un verdadero rapto.

--Hoy has olvidado la lección de francés.

s --Es cierto, el desengaño que.....en fin, sobran comandante Demuriez que se casen con mi hija,

--Véamos si algo he adelantado. He traducido algunas hojas del Telémaco, y la dificultad está en saberlas acomodar á la conversación familiar.

--Es necesario.

--¡Ah! ya sé, voy á visitar á mi amigo el padre de la amiga de Luz, y entraré diciendo el primer párrafo del libro: "Clara Calipso no podía consolarse de la partida de Telémaco Demuriez," ¡Luego dirán que yo no tengo talento!

--Y de diálogos, cómo estamos?

--Algo se adelanta, ya sé como se dice *té, café*, y como se saluda: es necesario que lo practiquemos: y dime, esposa mía, cómo se dice Canuta en francés?

--Los nombres no se afrancesan jamás.

--Pues hacen mal, hoy todo debe afrancesarse; yo pondré en mis tarjetas, "*Fajardait*".

--Bien, bien, ese es negocio mío.

VI.

--Ya tenemos aquí á nuestro amigo Enrique Morales, que se ha hecho presentar en mi casa.

--Señorita, me tiene usted á sus piés.

--Pase usted, Enrique, hoy viene usted oportunamente; estamos de un humor espantoso.

--¿Usted gasta enojos, señor de Fajardo?

--No, ya pasó, fué una nube que se ha disipado con la agradable noticia de que ya tengo sombrero blanco y calesa con escudo!

--La nueva merece los honores de la alegría: yo felicito á usted por la adquisición de prendas tan importantes.

--Ya se ve que lo son.

--Tendrá usted la gloria de anunciar con todo su arreo, que la monarquía se acerca á la capital.

--Ese es precisamente mi objeto. Hombre, usted no sabe una buena noticia.

--¿Cuál, señor de Fajardo?

--Hombre, el casamiento de Clara con el señor Demuriez,

--La señorita Clara va á hacer un pan como unas hostias.

- Hombre, ¿por qué?
 --Porque esa señorita ignora quién es ese soldado francés no sabe sus antecedentes, y sobre todo, tal vez será casado en su país.
 --Enrique, usted es muy exagerado, dijo Doña Canuta.
 --Es una opinión como otra cualquiera de estos hombres; que aquí entre nos, todos son bohemios.
 --No sé si tenga usted razón.
 --La vida trashumante que llevan presta muy pocas garantías: hoy en África, mañana en Rusia, pasado en Italia, luego en México, vaya usted á indagar que clase de pájaros sean.
 --Usted se empeña en llevar siempre la contraria, amigo mío.
 --En nada altera la cuestión mi dicho, señora, la soldadesca nunca ha entrado en mi programa.
 --Pues hay condes, marqueses y príncipes en el ejército francés.
 --Me dan muy mala idea esos señores, que abandonan las comodidades de su familia para entrar de soldados rasos en el ejército.
 --Pues los hay.
 --Yo lo creo, y le explicaré á usted el misterio; todos los que se arruinan en el juego y la disipación, se cargan de deudas, hacen algunas fechorías, se refugian en los cuarteles como un número perdido en la lotería de la sociedad.
 --Dios mío! que mala idea tiene usted de esos señores.
 --Todo es broma, hablemos de otra cosa.
 --Joven, usted tiene talento, si esos señores no estuvieran ligados á nuestra causa, y su sangre no nos sirviera á nuestros planes, sería yo de la opinión de usted; pero las circunstancias me obligan á opinar de una manera diametralmente opuesta.
 --Considerados como *contingente de sangre*, no es malo que una nación salga en los campos de batalla de los descarriados, al menos tienen la oportunidad de hacerse matar con honra.
 --¿Luego usted no daría su hija á ningún francés?
 --Si la tuviese, decididamente no, señora; en esto no vea usted una cuestión de patriotismo, si no de delicadeza y de interés particular.
 --Con razón yo me he opuesto á que mi hija se deje galan-tear de un francés.
 --Es que la señorita Luz es de mi opinión, y ella se cuida demasiado de esos que yo llamaría aventureros.
 --Joven, usted me compromete.
 --Repito que hay personas muy distinguidas.
 --Señora, si usted quiere desengañarse, asista usted á un

- hotel y comprenderá que diferente conducta observan esos oficiales de la que se estila en nuestra buena sociedad.
 --Pues qué hacen, caballero?
 --Un convite de antropófagos presenta un carácter menos repugnante, se lanzan con furor sobre los platos, gritan como unos marineros, aporrean los cubiertos, servilletas y vajilla, *regatean* el vino, fuman horriblemente y convierten la mesa en un verdadero motín; lo que no obsta para que en una tertulia se presenten haciendo mil caravanas y contorsiones.
 --Eso es mucho, Enrique!
 --No trate usted á un francés cuando la cuestión verse sobre un céntimo, porque son capaces de disputar un año sin descansar y hasta de batirse.
 --Ya, ya lo sabemos prácticamente, estuve á punto de ser azotado por una caja de fósforos.
 --Sin ir muy lejos, un ministro plenipotenciario, todo un visconde de Gubriae, sembraba en un *casá* de la legación, rábanos y cebollas que expendía, no sé si en nombre de la Francia y por orden de Napoleón III.
 --Es un hecho, amigo mío, la mordacidad de usted, encuentra siempre en quien cebarse, con datos tan positivos que no se le puede recusar.
 --¿Decía usted que el señor Demuriez se casaba?
 --Sí, luego que regrese de la expedición de Sonora; hay muchas chicas felices, Enrique.
 --Sí, mucho, ya ve usted, casarse con un francés.
 --Olvidaba que es usted enemigo á muerte de ellos.
 --Esas casualidades felices, sólo tienen lugar cuando el dote es una cantidad regularcilla; Clara tiene medio millón de duros, ya ve usted que ese señor Demuriez la favorece demasiado.
 --¿Que culpa tiene un hombre de que su esposa tenga dinero; tanto mejor!
 --Y tanto, que por esa razón se casan *tantos*.
 --Periódico de oposición, dijo Doña Canuta.
 --Soy franco, asisto á todas las funciones, pero aborrezco cordialmente á todos ellos.
 --Ya sabrá usted que S. M. I. ha salido de Trieste, está en París arreglando con el emperador el negocio del empréstito: ¡cincuenta millones!
 --El arreglo será que se dividan la capa del justo, como buenos hermanos, y México pague al fin de fiesta.
 --Se equivoca usted, esa suma es para el ferrocarril de Veracruz y para preparar una habitación decente á SS. MM.
 --Que mal gusto hay en esos preparativos, ayer he visto forrar de moaré blanco la cámara de Carlota y ponerle un tocado de plata que da grima.
 La emperatriz lo mandará fundir para reducir á monedas el regalo de sus súbditos los plateros.

—Enrique, no me toque usted á S. M. porque reñimos.

—No tema usted soy demasiado galante para hablar de la archiduquesa; basta que pertenezca al bello sexo para que yo le tribute mis homenajes.

—Amigo, es usted terrible, el día menos pensado va usted á tener á Cayena ó á la Martinica.

—No importa.

—¿Y sabe usted algo del conflicto entre la regencia y los franceses?

—Estos tienen por la primera vez razón, la regencia tiende de una manera horrible al despotismo reaccionario, trata de resucitar los fueros y derogar las leyes de nacionalización, y esto es imposible.

—¿Será usted por ventura adjudicatoria?

—Precisamente, señor de Fajardo, y eso me hace comprender, que no es fácil la realización de las pretensiones de la regencia. Usted ha hecho también sus negocillos y ¿quién podrá desbaratarlos?

—No, pero la ley debe darse para moralidad de la revolución, lo demás sería falsearla inicuamente.

—Usted sueña, señor de Fajardo, la reacción, no ha triunfado, ni ustedes pueden darse aires de vencedores.

—Jóven, yo se mucho de diplomacia y.....

—Todavía no sabe usted lo que pasa ó aparenta al menos no comprenderlo.

—¿¿¿¿¿ pues qué pasa amigo mío?

—Es muy sencillo, las combinaciones de la Europa llevadas á las bayonetas, son las que se enseñorean en el campo político, ustedes son el pretexto, sirven á sus miras, le dan color á la situación, necesitan de unos cuantos ilusos para *mexicanizar* el negocio, que no es otra cosa que una conquista.

—Está usted en Tebas, usted ha bebido esas teorías en los órganos demagógicos y lo han alucinado; las conquistas son una monstruosidad en el siglo XIX, eso fué peculiar de los tiempos medios.

—Eso digo yo, señor de Fajardo, que habiendo pasado la época, hoy se tenga la demencia de emprender expediciones semejantes.

—¿Y que me dice usted del filibusterismo?

—Pretenderá defender esa piratería que los yankees han elevado á la categoría de *derecho*.

—Es un error, señor de Fajardo, los Estados Unidos en su amplia libertad, no se oponen á nada que sea ajeno á los intereses de su nación, ¿qué les importa que unos centenares de hombres salgan de sus puertos para una aventura? en el pecado llevan la penitencia.

—No estamos de acuerdo, esos yankees son el demonio.

—Como son *anglos* y *sajones* al mismo tiempo, exclamó

Doña Canuta; así como suben los pies sobre las mesas, los quieren poner en toda cuestión; son unos bárbaros, todos descenden en línea recta de Atila, son los vándalos del continente!

VII

Mientras pasaba esta conversación, que con corta diferencia era la misma en todos los círculos intervencionistas, la hija del Señor Fajardo se había refugiado en el precioso gabinete que ya conoce el lector.

La joven tenía en sus manos un periódico en que se daba aviso de los avances del ejército francés, ponderando su pericia y valor, consagrando adulaciones rastreras á Napoleón, y terminando con una lista inmensa de heridos, muertos y prisioneros.

Luz, aquella desgraciada criatura, paseaba con inquietud sus miradas por la lista donde creía á cada momento encontrar el nombre del coronel Eduardo Fernández.

Hacia un año que no había recibido noticia alguna, al principio había llorado desesperadamente, después entró en esa calma sombría que se extiende como un velo fúnebre sobre la existencia; era la concentración de una pesadumbre mortal.

—Si habrá muerto ignorado, se preguntaba la joven, en esa confusión de pensamientos que llegan á nuestro cerebro cuando nos agitan las sombras de la duda.

¡Pobre niña! separada del hombre de su amor en el abril de sus ilusiones, era una flor arrancada del tallo y que se marchitaba al soplo de esa aura tristísima del infortunio.

La ausencia, ese paréntesis abierto en el centro de la vida, ese período de agonía y de tribulación, deja huellas de lágrimas en el tránsito de la existencia, en la peregrinación del alma campo infecundo de los desengaños.

¡Luz evocaba con sus dolores al porvenir!

¡Luz esperaba!..... ¡la esperanza es el sueño de los que están despiertos! es la ilusión que pasa los límites de la tumba para refugiarse en el cielo como su último horizonte!

Luz amaba por primera vez.

Acaso habría tenido impresiones pasajeras como las nubes del verano, pero su alma no se había abierto hasta entonces á la atmósfera purísima de un sueño de amor.

¡El primer amor!

¡Esa plática con los serafines, ese mundo de imágenes bellísimas que atraviesan el iris del corazón, envolviendo la existencia en el ámbar de las ilusiones y de las esperanzas!

¡Flores brotadas en el erial de la vida, para agostarse al soplo del tiempo ó á los huracanes del infortunio y del engaño!

Luz buscaba como todo alma enamorada, la soledad, para dar vuelo á sus ideas, para derramar sus lágrimas y suspirar libremente.

Esa tarde estaba sola en su gabinete leyendo una á una todas las cartas que formaban su larga correspondencia, ¡páginas de su amor desgraciado!

De un sobre sacó una fotografía que representaba al coronel Fernández en traje de campaña.

—¡Así estará, dijo la joven dando un suspiro, este traje llevaba la noche de nuestra separación, me parece que lo estoy viendo, nunca le ví más conmovido, sus ojos se humedecían y su aliento abrasaba mi semblante; ¡qué recuerdos Dios mío!

—No, continúo después de unos instantes, no habré podido escribir, la suerte de Estanislao Luna lo ha de haber retraído.....hace bien.....Los diarios vienen llenos de triunfos.....pero no, estoy loca, su muerte la hubieran pregonado; porque Eduardo es muy valiente, y además un caudillo notable.....Yo sé que mis oraciones lo acompañan y que la Virgen lo ampara; ¿no es verdad que tú oyes mis ruegos? ¡yo tengo fé en tí, que nunca me has abandonado.....tú ves mis lágrimas, esa ofrenda que consagro diariamente por la vida del hombre á quien ama mi corazón!

La joven se cubrió el rostro con las manos y comenzó á sollozar de una manera lastimosa junto á la imagen de la Virgen.

Unos golpes dados á la puerta vidriera la sacaron de su arrobamiento religioso.

—Adelante, dijo con voz tranquila.

Una criada entró en el gabinete.

—Señorita, una carta para usted.

—Dámela, dijo precipitadamente la joven, y rompiendo el sobre pasó sus miradas rápidamente por aquellas letras.

Su rostro se revistió de todas las señales pronunciadas de indignación, levantóse y se dirigió á la sala donde se hallaba Enrique con el matrimonio Fajardo.

VIII.

—Vea usted, dijo á su padre temblando de emoción, vea usted el fruto de esta ostentación ridícula; yo declaro que si el señor Demuriez ó cualquier otro individuo se aloja en esta casa, yo saldré de ella inmediatamente.

—¿Pero qué pasa, hija mía? preguntó asustada Doña Canuta.

—Lo he dicho ya, dijo Luz con dignidad, el día en que un oficial francés pase los umbrales de esta casa, yo saldré de aquí para siempre; y abandonó el salón dejando perplejos á sus padres.

Enrique tomó el papel.

—Lea usted en voz alta, Enrique, lea usted por compasión. El señor de Fajardo estaba confuso y cabizbajo.

Enrique, obedeciendo el mandato de Doña Canuta, leyó con voz sonora la siguiente:

LETRILLA

Con acento de alfeñique
Y con andaluz jaleo.
Cuando el triunfo del manto
Anunció el traidor repique,
Entró en casa Don Fradique
Aumentando la boruca,
Y le dijo á su hija Cuca
Moviendo alegre los piés:

*Ya vino el güerito, me alegre infinito,
¡Ay hija! te pido por yerno un francés.*

¿Ves papá? miró el balcón,
¡Qué gorro! oficial decente:
¿Ves cómo se para enfrente?
Tal parece un Napoleón,
¡Cual me late el corazón!
¡Ay! yo me inquieto, suspiro,
¡Ay papá! ya me retiro,
¡Qué hermoso sombrero al tres!

*Ya vino el güerito, me alegre infinito,
¡Ay hija! saluda, saluda al francés.*

¡Papá! el oficial de ayer.....
¡Ay! y viene por acá,
—Recíbalo usted, papá.....
—Hija, no te ha de comer.
La portavú ¡qué placer!
La mano—dále la mano:
¡Qué señor tan cortésano!
¡Qué bien estamos los tres!

*Ya vino el güerito, me alegre infinito,
¡Ay hija! que gusto que vino el francés!*

Tendré guardias de soldados
 Con monteras encarnadas,
 Me dirigirán miradas
 Los próceres humillados:
 En espléndidos estrados
 Se ostentará mi vista,
 Aunque complete Lazpita
 Mi deficiente del mes.

*Ya vino el güerito, me alegro infinito,
 ¡Ay hija! que gusto que vino el francés!*

Ya el francés manda en la casa
 Y le quitan los sombreros;
 ¡Cosas de los extranjeros!
 Dicen, cuando se propasa,
 Como el güerito sin taza,
 Y cuando piensan que verra,
 Exclaman: ¡si por su tierra,
 Son las cosas al revéz!

*Ya vino el güerito, me alegro infinito.
 ¡Ay hija! da gusto, da gusto al francés!*

Quiso el francés un abrazo
 Y la niña resistía,
 El papá que la veía
 No manifestó embarazo.
 ¡Cómo no estrechas un lazo
 Con quien tiene su importancia?
 ¡Qué dirá la culta Francia!
 Tres bien.....¡hijita, lo vez?

*Te abraza el güerito, me alegro infinito
 ¡Ay hijita! contenta, contenta al francés!*

Ya están como dos pichones
 El galo y la mexicana;
 Tal los halla la mañana,
 Tal el toque de oraciones
 Dicen *oni* los marmitones,
 Y el papá con sério empaque
 Deletrea el *Telemaque*
 Con vivísimo interés.....

*Ya vino el güerito, me alegro infinito,
 ¡Ay hija! te pido por yerno un francés!*

Ya platica sin misterio
 Papá las gracias de su hija;
 Con Forey se regocija,
 Idolatra al ministerio;

Y si de algún gatuperio
 Habla la gente aturdida,
 El dice: "No, por mi vida
 Suegrecitos de entremés."

*Ya vino el güerito, me alegro infinito,
 Mi casa dichosa visita un francés.*

--¡Basta! gritó Doña Canuta, y todos quedaron en silencio.

IX.

Esta letrilla es de nuestro poeta insigne Guillermo Prieto: no se puede espremir más hiel en una sátira ni hacerla más sangrienta.

Esa letrilla es un epigrama terrible, una *moxa* sobre esa sociedad que acogió con satisfacción á los invasores.

—¿Quién podía después de haber leído esos versos, desechár el rubor ni desconocer el ridículo en que estaba una familia solo con la presencia de un alojado?

La letrilla envuelve en un pensamiento patriótico, un correctivo que se hace sentir con fuego.

El ridículo en una pluma que sabe jugarlo, es una espada de cien filos, irresistible en su choque.

Prieto escribió en aquellos momentos de fiebre y despecho al ver la acogida; aunque fuera de orden suprema, que se le hacía al ejército francés.

Estas recepciones no son nuevas en el mundo: cuando los rusos entraron á París, las mujeres se les arrodillaban y una alfombra de flores era hollada por las herraduras de los caballos del ejército de la liga.

Hubo francés tan degradado, que al pasar Alejandro I por el Puente de Austerlitz en París, le preguntó si quería que se le borrara aquel nombre.

Alejandro respondió, que le bastaba con pasar sobre él.

X.

Doña Canuta, para romper aquella situación verdaderamente penosa, gritó en un arranque de estudiada cólera.

Nuestra hija no tiene razón, yo soy imperialista, pero nunca "afrancesada."

—¿Y quién es el autor de ese falleto? preguntó el diplomático.

—Guillermo Prieto, respondió el joven.

—¿Prieto? ¿Prieto? ya me lo esperaba, es un demagogo abonimable, vea usted que apellido tan ordinario, que cosa tan "prieta."

—El señor Demuriez no volverá más, dijo en tono imperativo Doña Canuta.

—Bien, respondió el diplomático, en todo caso le abandonaremos la casa; interrumpir bruscamente las relaciones de Francia no me pareció conveniente, este general Bazaine que ha sustituido á Forey, no es hombre que aguanta culpas y la Martinica no está muy distante de Veracruz, ni Veracruz de la capital.

XI.

Las campanas de la Catedral comenzaron á tocar á vuelo y una salva de artillería se dejó oír repentinamente.

—Canuta, gritó el diplomático, SS. MM. han desembarcado en Veracruz: ¡viva el emperador!

—¡Viva la emperatriz!

—Este hombre es un pobre diablo, dijo Enrique, y saludando al matrimonio Fajardo, corrió á tomar apuntes de lo que pasaba en las regiones oficiales.

I.

Cuarenta y dos años hacía que uno de los autores de la independencia mexicana, falseando la gloriosa revolución de 810, se había ceñido la corona de emperador, dando en el abismo con una popularidad que no tiene ejemplo en nuestra historia.

Don Agustín Iturbide, dotado de un genio militar, quiso en mal hora imitar al cónsul Bonaparte en el 18 Brumario, y para subir á la cumbre del despotismo, comenzó por dar un *golpe de estado* á la soberanía nacional.

La suerte del monarca mexicano quedó resuelta desde entonces.

Lanzado por el aliento revolucionario á las costas europeas, consideró como un Santa Elena aquellas regiones, lleno de ambición tornó á la patria que había burlado, impelido por la fuerza irresistible de un fatalismo.

El drama de Padilla respondió con su acta á la justicia humana que le pedía el castigo ejemplar de aquel hombre, que meses antes era el ídolo de un pueblo en su resurrección al mundo político.

La república se presentó virgen, hermosa, llena de esperanzas bajo el solio de la soberanía.

La generación, cuyas ideas le llevaban á la monarquía, al bajar á la tumba, llevaría consigo el pensamiento intervencionista y la idea monárquica.

La república era el porvenir.

Pero esa generación, heredera de los protocolos de la conquista y del virreinato, no se conformaría con abandonar en el campo al pueblo que acababa de triunfar y dejarlo dueño de la situación.

Era necesario entrar en sus filas para dividirlo. Encaminarlo á una difícil situación para conseguir volviese una mirada allende los mares, buscando á los hombres á quienes acababa de combatir.

Esta aberración de un partido que acababa de hundirse, podría surgir en un evento preparado de antemano, así es que el rito *escosés* se inauguró como partidario del Plan de Iguala que traía el principio monárquico, llevando en el asiento del trono á uno de los Borbones.

Cincuenta años de lucha, cincuenta años de guerra fratricida han diezmando nuestro suelo y puesto en ruinas el país más hermoso de la Zona Tórrida.

Ya hemos visto ese juego terrible de intrigas, esos planes abortados, esos motines, esos asesinatos, todo ese cúmulo de maldades opuesto á la marcha de un pueblo que quiere á todo trance la república.

II.

La revolución de 861 parecía definitiva, nada turbaba la paz de la nación que comenzaba á levantarse de ese vértigo sangriento que se prolongara por medio siglo.

Rechazado por todas partes, bajo todas las formas y con todos los nombres, ese partido que ha jurado la pérdida de la nación, se refugió en la Europa, y con grande habilidad logró que entrasen en delirio tres potencias de primer orden.

La resurrección de la monarquía en México, era todo un sueño!

Prestigio, armas, dinero, fama, renombre, todo lo tenían esas naciones; no faltaba más que tender la mano y el pensamiento estaba realizado.

La Providencia que detiene al hombre en medio de su carrera, señala en sus inescrutables designios un *hasta aquí* à las naciones, cuando éstas se lanzan en la vía desesperada de la sangre y de la opresión.

Ya hemos presenciado la ruptura del Convenio de Londres y la conducta de la Francia en la expedición del filibusterismo.

La Francia se sumergía en un sueño de gloria al rumor de sus cañones y al ambiente de sus banderas sacudidas por la victoria! ¡insensato! Todas estas ilusiones debían convertirse más tarde en una realidad espantosa!

Cierto es que Edmundo Lee, ese genio de la guerra, llevaba entonces sus armas coronadas con el laurel del triunfo à las puertas del Capitolio; pero ese héroe de los tiempos antiguos, combatía una idea encarnada en el corazón del siglo XIX y sus armas se quebrantarían al fin, porque no luchaba contra el poder ni la ambición, su empeño no era por la libertad, quería perpetuar la esclavitud, y las cadenas se convierten en proyectiles contra los opresores.

III.

El autor de los *Comentarios à la vida del César*, soñaba en otra columna de Vendome, en que se inscribieran sus batallas en el Nuevo Mundo, y se dejaba decir que la invasión *era el hecho más glorioso de su reinado*.

El retraimiento hostil del presidente Lincoln en la cuestión mexicana, pasaba por una quimera de poca importancia en las Tullerías: allí se creía que reconociendo la independencia del Sur y aventando à las fronteras de la Unión una pléyade monárquica, la patria de Washington se mutilaría, y la Europa con su aliento destructor debilitando al gigante americano, lo tendría à sus piés!

¡Sueño insensato!

Si faltaba una de estas irrealizables combinaciones el imperio del archiduque se derrumbaría al soplo revolucionario; porque la Francia creadora de una situación tan difícil desertaría à la hora del conflicto.



IV.

El 28 de Mayo de 864, fondeó en la heroica ciudad de Veracruz, à las nueve de la mañana, la fragata "Themis" adelantándose à la "Novara" à cuyo bordo venían los archidukes de Austria, anunciando su arribo para dentro de algunas horas.

El general Almonte apresuró su marcha y llegó à Veracruz con oportunidad.

A las dos y media de la tarde de ese día histórico, las baterías de la Plaza y del castillo de Ulúa anunciaron que la "Novara" estaba à la vista, y que pronto los futuros soberanos pisarían las playas mexicanas como los conquistadores del siglo XVI.

En el palacio nacional se reunió la comitiva que debía pasar à bordo de la "Novara," cuando los repiques anunciaron que el Lugarteniente del imperio llegaba por la vía férrea à la ciudad.

La guardia civil acompañó à S. A. hasta la habitación que se le tenía preparada, tendiéndose en seguida en valla hasta el muelle.

A la media hora toda aquella comitiva precedida por Almonte, entró en los botes empavesados que tomaron rumbo hasta la "Novara."

Después de conferenciar el archiduque con el Lugarteniente, se dignó recibir, dice un cronista, à las autoridades y funcionarios de la administración, cuya gran formación estaba presidida por el prefecto político.

Maximiliano estaba de pié en el fondo del salón del segundo puente: vestía frac negro, pantalón y chaleco blancos, y corbata negra, que es el mismo traje que se había designado à los señores de la comitiva.

Introducida ésta à la presencia de S. M. I. por S. E. el señor ministro de la casa imperial, el señor prefecto tomó la palabra y pronunció con voz conmovida un breve discurso de felicitación que fué contestado por el archiduque.

V.

A la mañana siguiente, día 29, aun antes de amanecer, las calles, los balcones, las azoteas, torres, miradores, plazas, todo estaba atestado de gente.

La ciudad generalmente aseada, había cobrado un aspecto seductor.

El mar estaba tranquilo, y el cielo se extendía como una bóveda de zafiro sobre aquel gigante espejo, cuyos cristales se rizan al soplo de las auras.

Las embarcaciones todas empavesadas y con sus flámulas de fiesta, apenas se balanceaban mecidas por las mansas olas que acariciaban sus costados.

El muelle estaba profusamente engalanado.

Los pedestales del pórtico estaban decorados con trofeos de armas: de uno á otro pedestal colgaban grandes bandas con los colores nacionales.

Las cuatro columnas ostentaban también trofeos de armas y cortinajes.

En los tableros de los arcos había inscripciones y poesías cubiertas con coronas de laurel, destacándose el escudo del nuevo imperio en la parte superior del arco principal.

A los lados de esa lengua de tierra que forma el muelle, se forman grandes entarimados con elegantes barandillas, para que las damas de la población asistieran al desembarque de SS. MM.

En la plaza de Armas se había levantado un arco triunfal de inmensas proporciones, dedicado á los archiduques, sobre cuatro pedestales del orden compuesto, en los que descansaban ocho columnas sostenidas en sus bases por grupos de cariátides.

Los capiteles dorados sostenían la cornisa, quedando coronada con alegorías que representaban las ciencias, la justicia, la agricultura y el comercio.

V.

A las cinco de la mañana una salva de ciento un cañonazos disparados por la marina y contestada por los fuertes de tierra, anunció que la embarcación de sus majestades se había desprendido de la fragata imperial.

Cerca de cien botes adornados á proa, á popa, y en el palo de enmedio, de banderas y galiardetes, formaban una valla de honor desde la bahía al muelle, y sus tripulaciones victoreaban á los archiduques.

La embarcación tocó la tierra, y Fernando Maximiliano puso los pies en el territorio mexicano.

Atravesó sus calles en medio del delirio oficial de los empleados, llevando del brazo á Carlota Amalia su esposa, y entrando en el tren, arrebatado en alas del vapor, perdió á que-lla ciudad, dándole el último adiós, no sin tender la vista

unos instantes en la "Novara" que yacía encadenada al peso de sus anclas, frente al castillo de San Juan de Ulúa.

CAPITULO DECIMO.

REVELACIÓN.

I

Grande era la agitación que reinaba en los círculos todos de la sociedad.

La prensa mexicana proclamaba que el reinado de la paz había llegado, la extranjera se desataba en injurias horribles y pedía al mismo tiempo que la reconciliación, el aniquilamiento de los republicanos, el terrorismo imperial para levantar el trono sobre cadáveres.

La sombra de Juárez se les aparecía como un espectro vengador. Temían que su aliento volviese como el huracán, y pasara derribando todo aquel edificio, levantado por la traición y el abuso de la fuerza.

El ejército francés se ocupaba en asesinar, sus jefes en demandar ascensos y subir su presupuesto en el tesoro agotado de su nación.

El bando reaccionario se apoyaba en las bayonetas extranjeras y veía afianzado el porvenir.

Habían surgido algunas dificultades, que presagiaban el divorcio de los conservadores, porque la Francia que medía el abismo que le preparaban los intereses creados por la república, no quería poner mano sobre ellos, y falseaba el principio reaccionario en México.

Monseñor Labastida se había separado de la regencia, alegando que estaban violados los cánones y el derecho divino, siempre que se sostuviese la ley de expropiación de los bienes eclesiásticos.

La declaración del regente era palmaria, no quedaba más que la derogación de la ley que mandaba poner en vigor las de reforma, ó entrar en lucha abierta con la secta conservadora.

La Suprema corte formuló también su protesta.

Bazaine y Almonte se pusieron de acuerdo y decidieron no separarse una sola línea de la conducta prevenida por la Francia agente y motora de este gran negocio. Los dos miembros